

los relatos de calibre  38



# **LOS ADORADORES DE LA NEURONA TAMBIÉN PUEDEN AMAR**

© Pablo Hernández Pérez

Me hallaba desparramado junto a la piscina, fumando y bebiendo Doble V con hielo machacado mientras leía en un periódico la información deportiva. Era 14 de julio, hacía calor suficiente para asar un pollo y mi cuerpo sudaba de tal forma que el bañador se me había pegado a los muslos como un sello de correos.

Estaba a punto de ordenar a la camarera otra copa cuando me abordó un hombre en tal estado de agitación que resultaba evidente que le había ocurrido alguna cosa fuera de lo normal.

—¿Señor Folgado? Espero no importunarle, pero se me ha informado que se hallaba usted en el hotel y he pensado que quizá podría dedicarme un poco de su tiempo.

Cerré el periódico y lo observé atentamente a través de las gafas de sol. Se trataba de un tipo peinado de modo impecable, con raya al lado, que vestía unos finos pantalones de color marrón, camisa blanca remangada y náuticos caquis sin calcetines.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—El señor Ahmed Shafiq —contestó—. Le tiene en alta estima. Me aseguró que usted podría ayudarme.

Suspiré abiertamente. Ahmed había tenido la cortesía de invitarme a pasar una semana de vacaciones a todo trapo en el Osiris, su lujoso hotel de la Malvarrosa, en compensación por salvarle el culo tras una acusación de asesinato. Pero el trato no incluía de ninguna manera hacerme cargo de los problemas de sus clientes.

—Ahora mismo estoy muy ocupado tomando el sol y no quiero distracciones de ningún tipo. ¿Por qué no acude usted a la Policía?

—¡No, de ninguna manera puedo hacer eso! Cuando se recurre a la Ley, no hay marcha atrás, y se trata de uno de esos asuntos en los que, por el prestigio de mi trabajo, es de vital importancia evitar el escándalo. Por supuesto estoy dispuesto a hacer un esfuerzo económico extra para convencerle de que se ocupe de esto. ¡Créame, estoy tan desesperado que pagaría lo que fuera!

Hay pocas palabras que estimulen intelectualmente mi atención, aunque algunas de ellas habían sido pronunciadas en la última línea del parrafito anterior.

Le miré seriamente.

—Escuche, tiene dos minutos para convencerme. Pero le advierto que me trae sin cuidado que sea usted amigo de Ahmed o de la mismísima reina Hatshepsut. Si no me interesa lo que oigo, se largará con sus problemas a otra parte. Por favor, suelte el rollo sin omitir nada.

Seguramente acabara aceptando el trabajo, pero soy un tipo duro y me gusta que se note.

—De acuerdo, mi nombre es Baltasar Cubedo y soy el presentador de «Saber para Ganar», un concurso de la televisión pública que precisamente esta semana cumple 20 años. Para celebrarlo, el programa ha invitado a los tres

mejores ex concursantes a acudir a un plató que la productora ha habilitado cerca de aquí, en La Pérgola de la Marina de Valencia. La prueba consiste básicamente en una serie de preguntas que, como es lógico, deben saber responder los tres concursantes. Cada una de estas preguntas, junto con la correspondiente respuesta, está impresa en una tarjeta de cartón que a su vez se encuentra dentro de un sobre. Debe saber que el premio en esta ocasión también es especial, pues el ganador se embolsará nada menos que 250.000 euros. Como comprenderá, el concursante que pudiera acceder a dichas preguntas por anticipado contaría con una ventaja inmensa. Es por eso que pongo siempre mucho cuidado en que nadie pueda acceder a ellas...

—Por favor, vaya al grano.

—De acuerdo, todo ocurrió hacia las tres y media de esta tarde, justo después de comer en el restaurante, cuando descubrí la ausencia de la tarjeta llave de mi habitación en el bolsillo del pantalón. Me preocupé terriblemente, pues eso me obligaba a llamar a la puerta y molestar a mi madre, que había subido unos minutos antes que yo para descansar...

—¿Su madre ocupa la misma habitación que usted?

—Sí, es una fan incondicional del concurso y le hacía ilusión acompañarme y presenciar en directo este programa especial. La pobre tiene ochenta y cuatro años y el sueño muy ligero.

—¿Por qué no subieron juntos?

—Por nada en particular. Sencillamente me quedé charlando unos minutos con uno de los técnicos del programa.

—Siga.

—Verá, me disponía a pulsar el timbre de la puerta, cuando percibí gritos ahogados en el interior. Temiendo que le estuviera pasando algo horrible a mi madre, me lancé contra la chapa de madera, tratando de derribarla. Pero fue

completamente inútil. Estaba a punto de ponerme a gritar cuando de repente la puerta se abrió. Detrás de ella apareció mi madre. Tenía el pelo revuelto y se la veía muy acalorada.

—¿Qué explicación le dio?

—Según ella, al subir a la habitación descubrió que había sido registrada. Los cajones estaban abiertos y todo en general se hallaba removido y fuera de lugar. Al parecer se disponía a telefonearme cuando oyó un ruido a su espalda. ¡Había alguien más en la habitación!

—¿Vio de quién se trataba?

—No. Antes de que pudiera darse la vuelta, fue empujada, cayó al suelo y solo atisbó a ver una sombra que salía a toda prisa por la puerta. Dios santo, llegué a la habitación solo un minuto después. ¡No me crucé con el intruso en el pasillo de puro milagro!

—¿Echó en falta alguna cosa de valor?

—No, pero observé que muchos sobres habían sido abiertos y algunas tarjetas se encontraban tiradas en el suelo, junto al escritorio. Sin duda el intruso se hallaba leyéndolas cuando mi madre entró en la habitación, obligándolo a esconderse rápidamente, sin tiempo de devolverlas a los sobres ni ordenarlas mínimamente.

—¿Cree que el intruso robó su tarjeta llave para colarse en la habitación?

—No lo creo. Debí dejármela puesta en la cerradura magnética o quizás se me cayó junto a la puerta. Me temo que soy un caso perdido, no es la primera vez que me ocurre.

—¿Qué hizo usted a continuación?

—Como le acabo de decir, no quería llamar a la Policía ni poner en conocimiento de nadie este asunto, así que, buscando consejo, telefoneé al

señor Shafiq, que desgraciadamente se encuentra en Egipto, visitando a la familia.

—Así que ese árabe con billetes le habló de mí...

—Correcto. Dijo que por casualidad se hallaba en el hotel y que es un detective rápido e inteligente.

—No se me escapa una y jamás dejo nada a la improvisación —agregué con seguridad.

—Eso es precisamente lo que necesito. Por favor, señor Folgado, hágase cargo. O descubro quién está detrás de esto o tendremos que aplazar el programa de mañana hasta que preparemos nuevas preguntas, y como esto no puede hacerse sin dar explicaciones, se armará un escándalo muy desagradable, que no solo arrojará una mancha sobre el programa, sino sobre mi propia reputación. Por encima de todo, es necesario solucionar este asunto discretamente.

Interrumpir mis vacaciones para ocuparme del asunto que se me presentaba me apetecía tanto como revolcarme desnudo en una bañera de heces humanas. Pero antes o después tendría que abandonar aquél paraíso celestial en el que me encontraba y regresar a la realidad, lo que incluía soltar unos cuantos billetes a un chapista competente para que me hiciera desaparecer los dos agujeros de bala de la puerta del Porsche.

Me puse en pie, recogí la camiseta y me calcé las sandalias cangrejeras.

—De acuerdo, interrumpiré mis vacaciones temporalmente y husmearé un poco para usted —le dije—. Pero le advierto que mi tiempo es oro. ¿Qué ha hecho con las tarjetas?

—No que querido tocar nada a la espera de que usted haga una primera valoración.

—¿Dónde está su madre ahora?

—La dejé sentada en un sillón del restaurante, tomando una tila doble. A su edad no está para estos sustos. La hubiera llevado a un hospital, pero necesitaba comunicarme urgentemente con usted. ¿Quiere hablar con ella?

Me enfundé la camiseta y después guardé los cigarrillos en el bolsillo del bañador.

—Primero quiero echarle un vistazo a la escena del crimen —le dije indicándole el camino con la mano.

Tomamos un amplio ascensor hasta la cuarta planta del edificio, donde solo había cuatro habitaciones en un pasillo de mármol blanco con grandes macetones llenos de jazmines y rosas. La de Cubedo era la primera de ellas, mientras que las otras tres estaban reservadas a los concursantes. Antes de que el presentador introdujera la tarjeta, me quité las gafas de sol y eché un vistazo a la cerradura.

—No parece que haya sido forzada —comenté—, aunque tratándose de una cerradura electrónica, nunca se sabe. ¿La tarjeta que está utilizando ahora es la de su madre?

—Así es —respondió—. Tendré que denunciar su pérdida en recepción y pedir otra.

Pasamos al interior de la habitación, que era espaciosa, luminosa y agradable, con un gran sofá tipo Cleopatra, sillas laqueadas en oro con negros almohadones encima y un bonito escritorio color burdeos a la moda colonial, aunque el desorden general era evidente. Alguien había sacado los cajones de los muebles y los había vaciado sobre el suelo. No cabía duda que había estado buscando algo y que, o bien no le había importado demasiado que se notase, o bien tenía mucha prisa por encontrarlo.

Centré mi atención en el escritorio colonial. Sobre la superficie de madera de

caoba había varias tarjetas y sus respectivos sobres vacíos, además de una lámpara, un bote para los bolígrafos y un pisapapeles en forma de elefante negro. También descubrí una hoja de papel, sobre la que alguien había empezado a copiar textualmente la respuesta de una de las tarjetas que se hallaban a la vista.

—La cosa parece clara —dije tomando asiento en la silla—. El intruso entró en la habitación, la registró a conciencia, encontró finalmente las tarjetas en el escritorio y tomó asiento en esta silla mojada para copiarlas.

—¿Mojada dice?

Me levanté y me palpé el bañador, que habían quedado visiblemente humedecido por el contacto con el asiento.

—Más que la espalda de un taxista —contesté—. Por cierto, ¿esto es suyo?

—¿El qué?

Me agaché y recogí del suelo un tanguita con estampado de leopardo que se encontraba debajo del escritorio.

—No, no es mío.

Me llevé la prenda a la nariz y esnifé con gran intensidad su esencia femenina.

—Interesante... —murmuré.

—¿Qué ocurre?

—Está tan mojado como la silla.

—¿Qué cree que puede significar?

—Probablemente la portadora de este tanguita empapado tomó asiento para copiar las tarjetas, mojando la silla.

—¿Entonces piensa que el intruso es una mujer?



Entorné los ojos, fingiendo que en mi mente se producían complejos procesos deductivos.

—Lo único que parece medianamente claro es que la irrupción repentina de su madre impidió que terminara de copiar las tarjetas, obligándole a esconderse rápidamente, y privándole de la posibilidad de devolverlas al cajón. —Le miré—. ¿Es cierto que los tres concursantes pasan por delante de su habitación para regresar a las suyas, que casualmente se encuentran al final de este mismo pasillo?

—Así es.

—¿Sabían que las tarjetas se encontraban en esta habitación?

—Me temo que sí. Un miembro del programa me hizo entrega en mano de las tarjetas mientras me hallaba charlando con los tres en la cafetería.

—¿Sospecha de alguno de ellos?

Dudó antes de contestar.

—No me gustaría incriminar a nadie sin pruebas, señor Folgado...

—Describame a los tres concursantes.

—De acuerdo, he pasado largos ratos con los tres, así que creo conocerlos bien. Empezaré por Ignacio Rodríguez, alias Nacho, un joven soltero de cuarenta y siete años. Es profesor de informática y vegano comprometido. Pero lo que realmente le gusta es jugar al Catán y los gatos. Tiene siete.

Luego está Petra Borasteros, profesora de literatura, una divorciada atractiva. En el programa se definió como una persona transparente y sensitiva con las malas vibraciones, aunque a mí siempre me ha parecido un poco dramática.

—¿Sospecha de ella?

—No tengo ninguna razón para hacerlo.

—De acuerdo, continúe.

—Está bien, por último tenemos a Francisco Plana, alias Pachi. Tiene cincuenta y un años, está casado y es profesor de matemáticas. Un hombre inteligente, pero sin principios. En sus ratos libres escribe cuentos cortos de ciencia ficción, aunque si quiere saber mi opinión, es solo un aficionado.

—¿Por qué dice que no tiene principios?

—Según he sabido, el instituto donde trabaja estuvo a punto de sancionarle el mes pasado por un escándalo de cartas. Al parecer incitaba a sus alumnos a jugar al bridge en horas de clase. Se dice que en los pasillos del centro se apostaban grandes sumas de dinero y que Plana inflaba las notas de los alumnos si se dejaban ganar cuando se enfrentaban a él.

Me pregunté qué había de escandaloso en todo aquello, pero lo dejé correr.

—¿Sospecha del señor Plana?

—No sabría decirle, aunque supongo que es menos confiable que los otros dos. ¿Piensa usted interrogarlo?

Negué con la cabeza.

—No sería prudente mostrar nuestras cartas por el momento.

—Me alegra oír eso. Como le dije, es de vital importancia ser discretos en este asunto. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Quiero hablar con su madre. Tal vez pueda contarnos algo sobre el intruso que se le haya podido pasado por alto.

Bajamos a la cafetería, donde encontramos a la anciana sentada en un amplio sofá frente a una taza de infusión, dando vueltas y más vueltas al líquido con una fina cucharita de metal, en un movimiento que no parecía tener fin. Era menuda, con el pelo teñido de rubio. Su cara operada para hacerle parecer no mayor de sesenta no había podido soportar la impresión del susto, que había

hecho mella en sus facciones, delatando su verdadera edad.

—Señor Folgado, le presento a Asunción, mi madre. Mamá, este señor es Vicente Folgado. Ahmed me ha garantizado que no hay nadie más cualificado en esta ciudad para resolver este embrollo.

La anciana me examinó de arriba abajo: un tipo de 185 centímetros, calzado con unas viejas sandalias de plástico transparente y vestido con un bañador verde limón tipo bermuda y una arrugada y descolorida camiseta de «Furia latina», la gira de Seguridad Social del 93.

—Me gustaría hacerle unas pocas preguntas —dije, tomando asiento a su lado.

—Fue horrible, señor Folgado. Casi sufro un infarto.

—La comprendo, señora. ¿A qué hora entró usted en la habitación?

—Sobre las tres. Comí temprano con mi hijo y después subí a descansar, que a mi edad es más necesario cada vez.

—Por favor, reláteme todo lo que ocurrió desde que regresó a la habitación hasta que su hijo llamó a la puerta.

La mujer contó todo mientras removía el contenido de la taza con la cucharita, aunque sin añadir nada a lo que ya sabía por boca de Cubedo. Cuando acabó tenía los nervios de punta, así que le dije alguna tontería sobre relajarse, no preocuparse, tomarse las cosas con más calma y esas cosas que suelen decirse para fingir que la persona te importa un poco.

—Tiene suerte de que no haya que lamentar contusiones de gravedad. ¿Está segura de que no vio quién la agredió?

—Lo siento, pero caí al suelo y cuando logré recobrarme el intruso ya se había marchado. Fue una suerte que no acabara en el hospital.

Me puse en pie y me enfundé las gafas de sol.

—Bien, esto es todo por ahora, señora Asunción. Señor Cubedo, no se levante. Creo que a partir de este momento es preferible que continúe las indagaciones por mi cuenta.

—Espere, ¿está usted seguro de que no me necesita?

—Mi cara no es nueva por aquí, así que es mejor no dejarnos ver juntos por el momento. Podríamos desatar rumores entre los empleados que perjudicaran nuestros intereses.

Abandoné la cafetería ante la atenta mirada del presentador y su madre, que, con gran ímpetu, seguía removiendo el interior de la taza con la cucharita. Me dije que si no ponía fin a aquello rápidamente, acabaría formándose una manga de agua de un momento a otro, obligando a Seguridad Marítima a ordenar el desalojo del edificio entero.

Atravesé el jardín de palmeras y regresé a la piscina en busca de Melody, una camarera con los brazos estampados de tatuajes diabólicos y unos inolvidables ojos verdes.

—Hola, cielito... —saludé, tomando asiento en la barra del chiringuito.

—Hola, señor Folgado —contestó sin entusiasmo—. Tenía la esperanza de que se hubiera cansado de la piscina por hoy.

—No he vuelto para tomar el baño, sino a contemplar sus dos preciosos ojos verdes, que son como las esmeraldas pulidas.

Aunque habitualmente las mujeres caen ipso facto desnudas a mis pies, en ocasiones se requiere un periodo de cocción a fuego lento.

—No son verdes, sino marrones —me reprochó—. Por cierto, si lo que quiere es invitarme a su habitación de nuevo, le advierto que la respuesta es no. Como le he dicho tres veces esta mañana, me caso el mes que viene.

Sonreí suspicazmente.

—No dijo lo mismo hace dos noches, cuando nos bañamos desnudos en el jacuzzi de mi suite de lujo.

—Admito que no fue una mala experiencia, pero aquello fue un error y no volverá a pasar.

Noté que estaba incómoda. Pensé que quizás se había hecho lesbiana en las últimas horas, porque el coqueteo ya no funcionaba con ella. Así que le pedí que me sirviera un Doble V y le pregunté si conocía a los tres concursantes que se hospedaban en el hotel.

—Solo superficialmente —dijo escanciando el whisky en una copa con muchos hielos—. La dirección del hotel puso al corriente de su llegada a todo el personal, animándonos a concederles un trato exquisito. ¿Por qué le interesa?

Dejé que terminara de escanciar y después agarré la copa y le arreé un trago, sintiendo como el brebaje incidía deliciosamente en mi garganta como un lengüetazo helado.

—Es solo curiosidad personal.

Se cruzó de brazos.

—Pues lo siento, pero en mi contrato de trabajo no figura que deba ir contando a cualquiera los hábitos de nuestros clientes.

Incliné la cabeza hacia ella y le hablé con voz de conspirador.

—Cinco pavos si responde a un par de preguntas.

Me miró con escepticismo, aunque no sabría decir si porque no esperaba que la sobornaran o porque le parecía poco dinero.

—Que sean veinte —dijo de repente.

—Diez —negocié inteligentemente.

—He dicho veinte, y no hay más que hablar.

—De acuerdo, quince.

—Adiós.

Abandonó el chiringuito, saltó al césped y con gran destreza comenzó a recoger un buen puñado de vasos y copas que una familia de guiris, con los cuerpos más rojos que los calzoncillos de Trotsky, había dejado sobre una de las mesas. Por supuesto veinte pavos era el precio al que forzosamente teníamos que llegar, pero como detective de ficción estaba obligado a regatear.

Cuando regresó, deslicé el billete azul sobre la barra. Ella lo tomó y después me miró con cansancio.

—Llegaron hace tres días —dijo—. Son reservados y rara vez conversan con otros clientes. Creo que los consideran inferiores. ¿Qué más quiere que le diga?

—¿Los ha visto hoy en la piscina?

—Sí, llegaron juntos sobre la una, ocuparon una sombrilla cerca de las duchas y pidieron unas copas.

—¿A qué hora regresaron a sus habitaciones?

—No lo recuerdo con seguridad, pero no más tarde de las tres.

—¿Tomaron el baño poco antes de marcharse?

—No sabría decirle, no me fijo en quién entra o sale del agua.

—¿Cómo definiría a la concursante femenina?

—Es algo excéntrica.

—¿En qué sentido?

—Exigió a la dirección del hotel que todas las toallas estuvieran perfumadas con lavanda, y que todo dentro de la habitación fuera blanco, desde las paredes hasta los muebles. Dice que eso la ayuda a relajarse y a estar concentrada para el programa de mañana.

—Parece una pirada.

—Pues es la más normal de los tres.

—¿Qué me dice?

—El señor Plana exigió atenciones de auténtico maharajá. Pretendía bañarse en el jacuzzi de su habitación solo con agua mineral del Himalaya y sales del mar muerto, además de un inodoro nuevo y que todo su dormitorio estuviera lleno de satén negro y plateado.

Reflexioné mientras sorbía la copa. No debí haber aceptado tan alegremente las humildes comodidades de la suite «El Sueño de Ramsés», concedida personalmente por Shafiq. Me dije que sería mucho más exigente la próxima vez que alguien me invitase a su hotel de lujo con todos los gastos pagados.

—¿Qué me cuenta de Nacho Rodríguez?

—El señor Rodríguez no es muy diferente del señor Plana. Se cree una estrella del rock solo porque ha salido en la tele. Quiere siempre disponible una bandeja con fresas frescas, y no puede haber nunca a su vista carne ni ningún producto de origen animal. Además su habitación debe disponer de un cuarto especialmente habilitado para sus siete gatos, así como de vistas a la piscina, sospechamos que para facilitar otra de sus excéntricas aficiones, el «balconing».

—¿El balconing?

—Sí, ya sabe, saltar desde el balcón de un hotel a la piscina. Es una moda muy extendida entre los jóvenes, principalmente turistas británicos que pasan

sus vacaciones en Baleares o la Comunidad Valenciana, aunque parece que recientemente han surgido imitadores en nuestro territorio nacional.

—¿Se le han concedido sus deseos?

—La dirección tragó con el asunto de las fresas, pero no con lo de los gatos, y menos después del incidente del teléfono.

—¿Qué incidente?

—Al parecer el señor Rodríguez se metió en la piscina con su teléfono móvil dentro del bolsillo del bañador y puso una reclamación porque el agua dañó el aparato.

—Ese friki no es tan listo como se cree. ¿Se le veía molesto?

—Sí, se lamentaba continuamente de haber perdido miles de fotos de sus gatos. Como el hotel no quiso hacerse responsable del accidente, subió a la habitación y se lanzó a la piscina desde el balcón, solo porque sabía que está terminantemente prohibido.

Me quedé pensando, tratando de sacar alguna idea en claro de todo aquello, pero fue como intentar colar toda la arena del desierto.

—Por favor, Melody, una última pregunta más. —Saqué del bolsillo el tanguita con estampado de leopardo y se lo mostré—. ¿Ha visto antes esta prenda en la piscina?

Negó con la cabeza.

—No me suena de nada... —dijo.

—¿Puede recordar si formaba parte del conjunto de baño de la señorita Borasteros?

—Lo siento, pero pasó la mayor parte del tiempo echada sobre una tumbona, con un pareo sobre el traje de baño. ¿Por qué no le pregunta a Pamela? Yo



solo sirvo copas, pero ella siempre está pendiente de los bañistas y se le escapa muy poco de cuanto ocurre en la piscina.

—¿Pamela?

—Sí, nuestra socorrista titular. Acaba de parar para comer, así que ahora no la encontrará. Pero si regresa a partir de las cinco podrá encontrarla en su silla de vigilancia.

Apuré la copa y me despedí de Melody, quien una vez más volvió a rechazar mi invitación para pasar la noche en mi suite, confirmando todas mis sospechas sobre su nueva orientación sexual.

Como tenía casi una hora hasta las cinco, me paseé por el jardín de palmeras, por el restaurante, por el gimnasio y por el spa, mostrando a todo el mundo el tanguita con estampado de leopardo. La gente lo miraba con curiosidad, luego me miraban a mí, después miraban la prenda, y luego otra vez a mí. Así invariablemente. Pero nadie parecía haberlo visto con anterioridad.

En el restaurante me senté en la barra, pedí un Doble V y hablé con Pawan, el camarero indio del turno de tarde, pero tampoco sirvió de nada, salvo para sentir en el codo la presión del concursante, obligado a hallar las respuestas mientras el tiempo del cronómetro se agotaba implacablemente.

Poco después de las cinco pagué las copas y regresé a la piscina. No había rastro de Melody detrás de la barra, pero sobre la elevada silla de vigilancia se hallaba sentada una atractiva rubia encajada en un rojo y apretadísimo traje de baño. Tenía unas bronceadas piernas del color del coñac y dos enormes tetas tan redondas y operadas que hacía imposible olvidar ni por un segundo que las mujeres son mamíferos.

—Buenas tardes, preciosa —saludé alegremente.

—Buenas tardes, señor Folgado... —contestó sin prestarme atención.

—Mmm... Parece que mi nombre no le es ajeno...

—Sería imposible no conocerle. Por si no lo recuerda, me he tenido que lanzar a la piscina tres veces para rescatarle en los últimos cuatro días. Si yo fuera usted aprendería a nadar antes de meterme en el agua la próxima vez.

Sonreí interiormente. Se refería al salvamento del lunes por la mañana y al del miércoles por la tarde, ambos fingidos, por supuesto, con la esperanza de agarrarme bien fuerte a sus dos insumergibles flotadores de silicona.

—Creí que solo habían sido dos rescates.

—Entonces olvida el de anoche, lo cual no me extraña, porque estaba completamente borracho.

Me crucé de brazos, adoptando una pose de gran seriedad.

—Sus palabras me ofenden —dije con altivez.

—No bromeo, señor Folgado. Fue una suerte que me encontrase cerca cuando le vi flotando boca abajo en la piscina. Tuve que realizarle la respiración boca a boca para reanimarle. Su aliento, mezcla de whisky barato y vómito, era asqueroso.

—Lamento que se llevara una impresión tan negativa de mí, le prometo que soy un hombre de hábitos saludables. Seguramente alguien me echó algo en la bebida...

—Si usted lo dice...

—Lo digo completamente en serio, muñeca. Si me conociera usted mejor no tendría esa imagen de mí. Le pido que suba esta noche a mi habitación para poner remedio a este malentendido. Descorcharemos una botella de champán y brindaremos desnudos en mi lujoso jacuzzi de mármol negro con hidromasaje. Será como bañarse en el Nilo durante una puesta de sol, pero sin los cocodrilos.

Suspiró con cansancio.

—Mire, señor Folgado, confieso que Melody me advirtió que pasaría a verme. Dijo que le había dado veinte pavos por un poco de información inocente y que me daría la misma cantidad si hacía lo propio. Dicho esto, se lo ruego por favor, apoquine la pasta, dígame qué quiere saber y lárguese inmediatamente de aquí. Por si no lo ha notado, los hombres como usted me producen gran repugnancia.

Esta vez fui yo el que suspiró con cansancio mientras le entregaba el billete. Al parecer, una epidemia de lesbianismo se estaba extendiendo descontroladamente por todo el hotel.

Me distancié unos centímetros de ella por miedo al contagio y le mostré el tanguita.

—De acuerdo, monada. ¿Ha visto a algún bañista por aquí vistiendo esta prenda?

Volvió a suspirar.

—Jamás he visto esa prenda, ni en la piscina, ni en ningún otro lugar de este edificio.

—¿Está segura?

—Sin duda.

—¿Conoce a los famosos tres concursantes que se hospedan en este hotel?

—Solo de vista.

—¿Estuvieron esta mañana en la piscina?

—Sí, el tal Pachi y el tal Nacho se pasaron casi toda la mañana en el agua, chapoteando y jugando a hundirse la cabeza, mientras que Petra parecía más interesada en broncearse.

—¿La señorita Borasteros no tomó el baño?

—Sí, pero solo al final, justo antes de marcharse.

—¿Qué puede contarme de ella?

—Nada, salvo que es lista y que le gusta divertirse antes de dormir.

—¿A qué se refiere?

—Anoche se tomó varias copas en la barra de la piscina mientras charlaba con un hombre alto y de aspecto poco fiable. Parecía muy entretenida.

—¿Qué quiere decir con lo de poco fiable?

—No sé, pero su indumentaria dejaba mucho que desear. Empezando por sus sandalias del siglo pasado, siguiendo con su descolorida y arrugada camiseta y terminando por sus horribles bermudas verdes. En cuanto lo vi sentí ganas de arrancarme los ojos.

La miré en actitud pensativa.

—¿Podría reconocerlo si lo viera otra vez?

—Desde luego, era usted.

Me rasqué la oreja, escarbando en mi memoria. Admito que la noche anterior bebí algunas copas de más mientras hablaba con varias chicas diferentes. De sus nombres o aspecto solo conservaba vagos recuerdos, pero sí podía recordar que, antes de caer borracho en la piscina, logré camelarme a una de ellas, a la cual prometí visitar en su suite de lujo en cuanto me fuera posible.

—Bah —dije sin entusiasmo—, recuerdo a esa chica. Sabía muchas de esas cosas que hay en los libros, pero poco de la vida. No se preocupe, no es mi tipo...

—En cambio a mí me pareció verle muy interesado en ella, sobre todo en sus piernas, las cuales no dejaba de manosear todo el tiempo, sin que a ella

pareciera importarle demasiado.

Algo se activó en mi cerebro de repente. Al mencionar lo del manoseo, supe que Petra era la mujer a la que prometí visitar. Desde luego eso no significaba que fuera la misma persona que olvidó la parte inferior del bikini en la habitación de Cubedo, pero sin duda tenía ante mí una oportunidad única de comprobarlo, y yo no pensaba dejarla pasar.

Miré a la socorrista con ojos pícaros.

—¿Acaso está celosa?

Ella me devolvió una mirada que por poco me fulmina en el acto, recordándome que no haría absolutamente nada por mí si volvía a verme flotando en el agua. Le contesté que la próxima vez usaría manguitos y me largué rápidamente de allí, convencido de que ni el mismísimo Sherlock Holmes habría sido más eficiente en la obtención de datos.

Mientras ascendía en el ascensor, volví a olfatear el tanguita con energía. Cualquiera que me viera pensaría que me comportaba como uno de esos perturbados sexuales que encuentran placer olisqueando bragas usadas, pero en mi caso era un procedimiento estrictamente profesional. Por si no me conocen lo suficiente, soy como esos sabuesos capaces de rastrear personas usando instintivamente el olfato, y por esa razón estaba completamente seguro de que en cuanto oliera el cuerpo de la concursante, sabría si el tanguita le pertenecía.

Me abrió la puerta con una sonrisa en la cara y una copa en la mano. Tenía la dentadura ligeramente curvada hacia afuera y arrugas en los ojos, pero aquellas imperfecciones la hacían más real y deseable. Su camisón de seda casi transparente se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Pensé que se había echado atrás —dijo con fingido disgusto—. Llevo horas esperándole.

—Es que me gusta generar expectación —contesté proyectando sobre ella mi mirada más seductora—. ¿No va a invitarme a pasar?

Sin pronunciar palabra me metió violentamente para adentro, me empujó sobre un sofá de terciopelo negro y apagó la luz mientras se desnudaba.

—Así no podré ver ese maravilloso cuerpo que tiene —protesté con debilidad.

—No necesita verlo —respondió cayendo delicadamente sobre mí—. Simplemente saborearlo...

Era poco más de media mañana cuando Cubedo se presentó en la cafetería mientras yo me hallaba sentado en la barra, terminando el segundo Doble V del desayuno. Estaba hecho un manojo de nervios y se notaba que no había pegado ojo en toda la noche.

—Buenos días, señor Folgado. ¿Tiene usted algo que decirme? Dentro de dos horas empezamos a grabar.

—He resuelto el misterio.

—Entonces, ¿ha encontrado nuevas pistas?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, esta mañana me he puesto en pie a las diez y media para hablar con las chicas del servicio de lavandería. Ha sido duro, pero productivo.

Saqué un fino sujetador con estampado de leopardo y lo deslicé sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Es la pieza superior del tanguita que encontré en su habitación —dije.

El presentador se rascó la cabeza.

—No entiendo...

—Escuche, reconozco que la presencia del tanguita en la escena del crimen me tenía desconcertado. Sabía que si encontraba al propietario de la prenda, tendría al intruso. Como Petra era la única sospechosa femenina, mi investigación se centró en ella. Por eso ayer fui a verla para salir de dudas, aprovechando que la noche anterior hicimos amistad durante una fiesta en la piscina. Desgraciadamente mi olfato de sabueso me indicó que el tanguita no le pertenecía, lo que me obligó a replanteármelo todo desde el principio. Se me ocurrió entonces que la prenda formaba parte de un conjunto, y que encontrando la pieza superior resolvería el misterio. Obviamente no podía registrar todos los cajones de este hotel, pero sí podía suponer que el servicio de limpieza recogería la pieza para su lavado, como de hecho así sucedió.

Cubedo sacudió la cabeza, pero no como gesto negativo, sino con incredulidad.

—Sigo sin entender —dijo—. ¿Está sugiriendo que la prenda que encontró en mi habitación pertenecía al señor Plana o al señor Rodríguez?

—Todo a su debido tiempo —le tranquilicé—. ¿Dónde está su madre?

—Arriba, en la habitación, preparándose para ir al plató.

Me puse en pie y apuré la cerveza de un trago.

—De acuerdo, entonces subamos a verla.

Encontramos a la señora Asunción a punto de salir por la puerta. Vestía de negro y llevaba un gran sombrero blanco y un collar de perlas alrededor del cuello para llamar la atención. No esperaba verme allí acompañado de su hijo y reculó con evidente sorpresa.

—Buenos días —saludé alegremente—. Espero que no le moleste contarnos la verdad acerca del incidente de ayer. Pero por favor, esta vez no se moleste

en mentir. Lo sé todo.

La anciana frunció el ceño, formando unas arrugas tan profundas que probablemente la obligarían a pasar de nuevo por el quirófano para hacerlas desaparecer.

—Señor Folgado, ayer tarde le conté todo lo que pasó...

—No me creo una palabra. ¿Va a contarnos la verdad o lo tengo que hacer yo?

—No veo qué más podría decirle...

—De acuerdo, entonces lo haré yo. Cuando regresó del restaurante descubrió que la habitación había sido registrada, hasta ahí no tengo nada que objetar. Pero no es cierto que el intruso la sorprendiera por la espalda. Más bien usted sorprendió al intruso, aunque sospecho que el encuentro no fue tan dramático como usted pretende que creamos. ¿Me equivoco?

—No puede probar eso...

—Es cierto, no puedo. Sin embargo parece bastante probable si consideramos que cuando su hijo se personó en esta habitación, solo unos instantes después de la hipotética huida del intruso, la puerta estaba cerrada. ¿Por qué, si huía a toda prisa, se molestaría en cerrar la puerta al salir?

La anciana se pasó la lengua por sus labios rellenos de ácido hialurónico. En sus ojos se advertía una mirada de desafío.

—No sé a dónde pretende ir a parar, señor Folgado.

—¡Qué pena, señora Asunción! Le he ofrecido la oportunidad de decir la verdad, pero usted la ha rechazado.

—¡Está usted loco si piensa que tengo algo que ver en esto!

—Por favor, no lo tome como algo personal, piense que hago esto por el bien



de su hijo. —Miré al presentador—. Por favor, señor Cubedo, vaya a la habitación del señor Rodríguez y tráigalo aquí.

Cinco minutos después el presentador regresaba acompañado del joven concursante, quien se presentó caminando con la ayuda de dos muletas y la pierna escayolada hasta la ingle. Se trataba de un individuo no demasiado alto, que vestía bermudas amarillas y una camiseta de temática friki, orgulloso de su condición marginal. A través de sus gafas de pasta negra advertí cómo sus ojos vagaban de uno a otro de nosotros hasta posarse por fin en los de la anciana, fríos como el hielo.

Le mostré la licencia de detective para saltarnos lo antes posible el asunto de las presentaciones.

—Cierre la puerta, por favor. Ahora, señor Rodríguez, hablemos sin pelos en la lengua. Lo que queremos saber es por qué un hombre de su inteligencia tuvo que mezclarse en un asunto tan feo como el de ayer.

El concursante se agarró más sólidamente a las muletas, dirigiendo esta vez a Asunción una mirada mezcla de dolor y reproche.

—¡Nacho, querido! —exclamó la anciana—. ¡No he dicho ni una palabra! ¡Te lo juro!

—Es verdad, pero ahora lo acaba de hacer —apunté con una sonrisa. Luego miré a Rodríguez y dije—: Será consciente de que después de lo que ha dicho la señora, es inútil que niegue nada. Vamos, sincérese. No le queda otra.

Agachó la cabeza, tratando de contener el temblor de sus facciones.

Suspiré.

—De acuerdo, le explicaré yo mismo al señor Cubedo lo ocurrido, y usted solo tiene que cortarme si no estoy en lo cierto. ¿Conforme? Está bien, no se moleste en contestar, veo que no puede.

»Señor Cubedo, la primera pista me la dio la silla mojada de su escritorio. Era obvio que la humedad procedía de alguien que había tomado el baño recientemente en la piscina. Desafortunadamente los tres sospechosos habían pasado por allí durante la mañana de ayer, y los tres habían subido a sus habitaciones aproximadamente a la misma hora, pocos minutos antes de que usted regresase a esta habitación para encontrarse con su madre alterada y las tarjetas tiradas por el suelo.

»Bien, eso, por un lado. Por otro tenemos las tarjetas que el intruso trató de copiar a mano. Pero, ¿por qué tratar de copiarlas a mano pudiendo usar el teléfono móvil para fotografiarlas? La única explicación es que no dispusiera de teléfono o que este se hallase inservible. Por esa razón, cuando me enteré que Rodríguez había estropeado el suyo en la piscina, supe que tenía que ser el intruso que se coló en esta habitación para copiar las tarjetas.

Hice una pausa para darle tiempo a digerir la información. Como no hizo ningún comentario, proseguí:

—Está bien, la cosa debió ocurrir más o menos de la siguiente manera, señor Cubedo. Cuando Rodríguez regresaba a su habitación, encontró por casualidad su tarjeta llave en la cerradura magnética de la puerta. Entonces una idea pasó por su cabeza. Sabía que las tarjetas estaban en esta habitación. La tentación se apoderó rápidamente de él. Es listo, pero sus rivales también lo son, y el premio gordo son 250.000 machacantes. ¿Para qué enfrascarse en una lucha despiadada pudiendo asegurarse la victoria de forma sencilla?

»Sin pensárselo dos veces, llamó a la puerta. Si usted estaba dentro, siempre podía alegar que solo deseaba realizar alguna consulta con relación al concurso. Pero nadie respondió a la llamada, así que entró y comenzó a registrarlo todo rápidamente, buscando las tarjetas. Finalmente las encontró en el cajón del escritorio. Como su teléfono móvil había quedado inutilizable, se sirvió de un bolígrafo para copiarlas. Así pues tomó asiento y se puso

manos a la obra. El bañador mojó la silla, estropeando la pobre madera. Sin embargo no le importó porque los tipos de su calaña no sienten ninguna empatía por los bienes materiales, solo por los animales. Entonces oyó pasos al otro lado de la puerta. Se puso nervioso, se levantó rápidamente de la silla y algunas tarjetas cayeron al suelo. Tenía que encontrar un sitio seguro para ocultarse, pero no había escapatoria posible. La puerta se abrió y la señora Asunción le sorprendió.

Cubedo negó con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Está insinuando que mi madre le encubrió?

—Yo no insinúo nada, lo afirmo abiertamente.

El presentador se tomó un tiempo para asimilar mis palabras.

—De acuerdo, supongamos que ocurrió como dice. ¿Qué pasó a continuación?

—Lo que pasó a continuación es un misterio, señor Cubedo. Pero como su madre no ha presentado denuncia alguna, ni se observan signos de violencia, doy por sentado que la relación sexual fue consentida.

Mis palabras atizaron los nervios de la anciana violentamente, congelando su rostro por el azoramiento y la vergüenza. Sus dedos se aferraron a su garganta de forma inconsciente y arrancaron el collar de perlas, que cayeron sobre las baldosas de caliza y rebotaron con un ruido que recordaba a una tormenta de granizo en verano.

—¡Por Dios, mamá! —exclamó Cubedo—. ¡Traicionaste a tu propio hijo!

Asunción desvió la mirada hacia la ventana.

—Lo siento mucho, hijo mío —dijo—. Durante todos estos meses he estado enamorada en silencio de Nacho. Cada pregunta que respondía, cada prueba que superaba, me enamoraba más y más. Tú creías que asistía a todos los

programas para verte, pero te equivocabas. Después de veinte años de emisión, tu programa me aburre. Siempre es lo mismo. Si decidí acompañarte hasta aquí es por Nacho. La forma de ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz, la ternura de sus facciones cada vez que hablaba de sus gatos ante las cámaras, el modo de entornar sus tiernos ojillos marrones, buscando siempre la respuesta correcta... No puedes entenderlo porque nunca has estado enamorado, siempre concentrado en el programa. ¡No sabes cuánto se agitan mis hormonas cada vez que sonrío! Por eso, cuando entré en la habitación y lo sorprendí en bañador copiando las tarjetas, no pude resistirme. Confesé que estaba enamorada de él y que no le delataría si me hacía el amor allí mismo, sobre el escritorio. Yo estaba tan excitada que podía sentir toda mi ropa mojada por dentro. Al principio dudó, pero como es un caballero aceptó mi oferta. Se abalanzó sobre mí, me sacó el tanguita con estampado de leopardo y me poseyó como ningún hombre me ha poseído jamás.

Cubedo dirigió a Rodríguez una mirada asesina.

—¡Me cago en la puta, señor Rodríguez! ¡Mi madre tiene ochenta y cuatro años!

—La Duquesa de Alba tenía más cuando se casó con Alfonso Díez —protestó el joven amante con retintín.

La anciana tomó asiento en una silla, ajena a la discusión entre el concursante y su hijo. Su mirada parecía perdida, como si estuviera reviviendo las imágenes de una película que hubiera visto en la infancia.

—Poco antes de alcanzar el clímax —prosiguió lentamente—, escuchamos que mi hijo golpeaba la puerta. Nacho se puso muy nervioso al verse sorprendido dos veces en apenas unos minutos. Sin coartada a la vista, y con las tarjetas del programa desparramadas por el suelo, corrió al balcón. Traté de impedir que lo hiciera, pero estaba como loco por escapar de allí, así que

saltó. Solo eran cuatro pisos hasta la piscina, pero no fue una caída limpia...

—Casi me mato —prosiguió Rodríguez, frotándose la escayola—, pero el golpe me hizo reflexionar. Señor Cubedo, he decidido retirarme del concurso y replantearme algunas cosas. La experiencia que viví ayer en esta misma habitación fue especial para mí, por eso quiero casarme con su madre. Adoro a mis gatos, pero no pueden darme todo lo que un hombre necesita. Sé que parece una locura, pero la amo como jamás he amado a otro ser vivo, y no es ningún secreto que ella siente lo mismo por mí.

Miré al presentador con detenimiento, aunque por dentro sentía una ola de triunfo.

—Bien, señor Cubedo, parece que he respondido a todas sus preguntas, y en un tiempo que ya quisiera el mejor de sus concursantes. Por favor, no olvide mi premio, y que sea en metálico.

Abandoné la habitación y atravesé el pasillo en dirección al ascensor. Acababa de coronar con éxito un nuevo caso, y aunque me había quedado con las ganas de saltar un par de dientes o romper algún hueso, reconozco que al final el resultado es lo que cuenta.

Cuando ingresaba en el aparato, oí que alguien gritaba a mi espalda.

—¡Eh, detective! ¡Olvida devolver el tanguita de mi prometida!

Le dirigí una mirada desafiante al joven concursante, pensando que quizás me había precipitado al conformarme con resolver el caso sin ninguna violencia.

—Lo siento —contesté con gran dignidad—, pero me deshice de él en cuanto tuve constancia de su procedencia. ¿Acaso cree que soy un perturbado?

Le di la espalda y pulsé el botón de la planta baja, donde me esperaba la piscina, una copa de Doble V y la sensación del trabajo bien hecho.

Cuando las puertas del aparato se cerraron, saqué el tanguita del bolsillo, me

lo restregué por la cara y los ojos se me pusieron bizcos de placer mientras las ácidas y penetrantes esencias femeninas se deslizaban por mis fosas nasales, inundando los pulmones.

Casi levito...

*Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a fantasear primero y a escribir después sus primeros relatos de género negro. En 2012 su relato El hombre más fuerte del mundo resultó ganador en el II certamen de relatos brevísimos Mimosa: Homenaje a la Novela Negra. Desde entonces trabaja en una serie de relatos protagonizados por Vicente Folgado, un detective privado que haría sonrojar de vergüenza a sus compañeros de profesión por tener que admitir que se dedican al mismo oficio.*